

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, octubre de 1895 ✧ NÚMERO 55



NICOLÁS ESTABA ECHADO DE LADO Y NO PODÍA VOLVERSE (Pág. 431)

MEMORIAS DE UN GENDARME

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

Nicolás montó á caballo y partió con el corazón conmovido y ardorosa la cabeza.

El alazán galopa, y su carrera es tan rápida que apenas levanta polvo en torno suyo.

Las estrellas siguen brillando en el cielo, el día está aún lejos, y, entretanto, el fugitivo ha puesto gran distancia entre el campo de los hadjutas y él.

A esta hora, el viejo jefe, embriagado por el opio, sueña, sin duda, que asiste al suplicio del prisionero cristiano.

El alazán sigue galopando.

Al llegar el día, el valiente animal ha puesto tanto espacio entre su verdadero amo y su raptor, que el primero habría de perder toda esperanza de alcanzarle.

Además, ¿cuál es el caballo del desierto que ha ganado en velocidad al alazán del jefe?

Nicolás galopó hasta la hora en que abraza el sol.

Hizo alto bajo una palmera, comió un puñado de dátiles, bebió un trago de agua y se durmió como un verdadero árabe, boca abajo.

El caballo ramoneaba la corteza de la palmera.

Cuando se levantó el viento de la tarde, reanudó Nicolás la marcha.

El caballo estaba repuesto, y el hombre también.

El Atlas sirvió de brújula al fugitivo, que galopó de S. á N., seguro de encontrar, al fin, la zona ocupada por las tropas francesas.

Así viajó durante cinco días, no deteniéndose más que para dar descanso al caballo y dormir algunas horas.

El desierto huía detrás de él, la vegetación comenzaba á aumentar y la tierra se cubría de árboles.

Una mañana distinguió un aduar, del que salía un hilo de humo.

¿Era de árabes amigos ó enemigos?

Nicolás no se detuvo á pensarlo, pues su provisión de dátiles se había agotado y ya no tenía más agua en su odre.

Acercóse al aduar; salieron los árabes y se dirigieron á él.

Nicolás sabía ya el idioma lo bastante para cambiar algunas palabras; pero temió que su acento le hiciera traición y presentó silenciosamente su saco y su odre vacíos.

Uno de los árabes le miraba con desconfianza, y al darle de beber le dijo:

—Tú francés.

—Sí,—repuso Nicolás.

—Bono francés,—repitió el árabe, que pertenecía á una tribu sometida.

Nicolás entró en el aduar y fué acogido como un hermano.

Los árabes se divirtieron mucho con el relato de su aventura y encontraron muy gracioso que se hubiese escapado del poder del jefe de los hadjutas robándole su caballo y sus armas.

Nicolás se orientó. No estaba más que á diez leguas de Blidah, y Blidah nos pertenecía. Pero le dijeron los árabes que encontraría aquí y allí algunos ladrones ó tal vez alguna tribu rebelde.

—Sólo temo á los ladrones,—respondió mostrando el anillo de Aicha y pronunciando el nombre de Ali-Babum.

Este nombre tenía, sin duda, un gran poder, pues, bien que sometidos á Francia, los árabes del aduar se inclinaron.

Nicolás continuó su camino.

Cuando se acercaba á un bosquecillo, en el que estaba resuelto á tomar algún descanso, oyó relinchar un caballo, luego dos, luego tres, y distinguió un grupo de seis corceles, sólidamente atados, y á cierta distancia, una hermosa yegua negra que se paseaba en libertad.

Un árabe dormía envuelto en su albornoz, casi á igual distancia de los caballos y de la yegua.

Nicolás se detuvo bruscamente.

—Apostaría,—dijo,—que ése es un ladrón de caballos, el mismo que ha estado á punto de hacerme devorar por los perros.

Y, desmontando, se acercó, sin hacer ruido, al árabe, que dormía profundamente, con el fusil y el yatagán al alcance de su mano.

XXVI

Hacia cerca de quince días que se había verificado la deplorable expedición que hemos referido.

Un solo hombre parecía haber sobrevivido de los diez enviados á Blidah.

El subteniente G.

Llegó á Blidah medio muerto, cubierto de heridas y con el uniforme hecho pedazos. Desesperóse de salvarle, y en el primer regimiento de cazadores de Africa se lloró por muerto al sargento Nicolás.

El que se mostraba más inconsolable era el soldado Rossignol.

Este decía en voz alta que si se le hubiese dejado partir, su amigo y los demás no habrían muerto, pues él había dado suerte siempre á una expedición.

Y para disipar su tristeza continuaba embriagándose de lo lindo.

Cuando Rossignol se emborrachaba (y nunca lo hacía más que con ajeno) desconocía la disciplina, y era precisa toda la indulgencia de sus jefes y la buena voluntad de sus camaradas para evitarle terribles castigos.

Una mañana, al tocar á botasillas, Rossignol se negó á montar á caballo.

¿Bajo qué pretexto?

Nadie lo supo con exactitud.

Limitóse á responder que estaba dispuesto á ir arrestado.

Castigósele con quince días de arresto.

Una hora después vióse á un jinete, á lo lejos, que se acercaba al campamento.

Aquel jinete era Nicolás.

Ya no montaba el alazán del jefe, sino la yegua negra de Alí, el ladrón de caballos.

Alí había sufrido la pena del talión.

Nicolás, á quien vimos acercársele, le había sorprendido, y, sujetándole bajo sus rodillas, le había agarrotado sólidamente.

El árabe, estupefacto, no había dicho una palabra.

En seguida Nicolás había roto las trabas de los caballos, atándolos unos á otros por la brida, y, montando en la yegua del árabe, había colocado á éste á través de la silla.

Nicolás entró en el campamento con su prisionero y los ocho caballos, seis de los cuales habían sido robados al escuadrón.

Fué una verdadera entrada triunfal.

Nicolás refirió sus aventuras y su breve cautiverio: entonces se supo que el subteniente G. no había muerto de sus heridas.

El comandante de la expedición habló del sargento en la orden del día, y le dió á entender que no tardarían en llegar los galones de cuartel-maestre.

Nicolás pidió noticias de Rossignol; supo que estaba en el calabozo y pidió su gracia.

Por primera vez se mostró inflexible el comandante.

Precisaba, según dijo, poner término á la insubordinación de aquel hombre, que sólo era buen soldado en el campo de batalla.

Pero Rossignol, que se hallaba encerrado en una especie de barraca situada al extremo del campamento, había oído el alboroto y los gritos de alegría que acogieron el regreso de Nicolás.

Entonces su borrachera se hizo furiosa. Quería ver á su amigo; y como rehusaban abrirle, se puso á derribar las paredes de la barraca.

Acudió su superior y trató de calmarle; pero el borracho se desató en injurias contra él.

Fué preciso ponerle grillos.

Por la noche no se le había pasado aún la borrachera; pero había sucedido á su furor una especie de atonía.

El comandante le hizo quitar los grillos, y quiso amonestarle por sí mismo.

Rossignol pareció escucharle con atención y arrepentirse de su conducta.

Al día siguiente, y gracias á las vivas instancias de Nicolás, se le levantó el castigo.

Pero Rossignol experimentaba tanto placer al hallar de nuevo á su amigo, que no pudo resistir la tentación de llevarle á la cantina.

Allí, á pesar de sus compañeros y de Nicolás, Rossignol se emborrachó otra vez.

Había llegado á ese período terrible en que el borracho se marea con un vaso de agua.

Entonces se acordó de que le habían puesto grillos, y toda su cólera se concentró sobre el superior que había intentado calmarle.

Hay terribles casualidades en la vida. La

desgracia quiso que éste entrase en la cantina en el momento en que Rossignol se desataba en impropiedades contra él.

Rossignol, al verle, se dirigió hacia él, antes que sus compañeros hubieran podido evitarlo, y le dijo:

—Si quieres olvidar tus galones, vamos á darnos unos cuantos sablazos.

El desafiado respondió á esta provocación declarando arrestado por otros quince días á Rossignol, quien, fuera de sí, sacó el sable y lo clavó hasta la empuñadura en el pecho del superior, que cayó para no levantarse más.

El código militar es inflexible.

Un mes después, Rossignol comparecía ante el consejo de guerra de Argel, y era condenado á la pena de muerte.

Durante todo este tiempo, Nicolás no vivió. Sabía la suerte que esperaba á su amigo, y no se hacía ilusiones sobre las probabilidades de su indulto.

Obtuvo permiso para ver á su amigo antes de su condena.

Rossignol estaba tranquilo y resignado á morir.

Los dos soldados, hermanos de armas durante seis años, conversaron largo tiempo.

En el momento de despedirse, y cuando Nicolás sollozaba, le dijo Rossignol:

—Compañero: no me negarás el último servicio: ¿no es cierto?

—Habla,—repuso el sargento con voz entrecortada.

—Deseo que asistas á mi ejecución.

Y como el sargento hiciera un gesto de negación y espanto, Rossignol añadió:

—Si tú la presencias, sabré morir y estaré contento.

Nicolás bajó la cabeza y prometió complacerle.

La ejecución se verificó al día siguiente.

Condújose á Rossignol á la plaza del Gobierno, donde formaba el cuadro un destacamento de cada uno de los cuerpos que componían la guarnición de Argel.

Rossignol marchaba con paso firme y alta la cabeza.

En la primera fila de los soldados vió á un hombre pálido y vacilante á quien dos individuos de su regimiento sostenían, pues no podía hacerlo por sí solo: era Nicolás.

—¡Gracias!—le dijo.—¡Hasta la vista!

Negóse á que le vendaran los ojos, y quiso dar por sí mismo la voz de: —¡Fuego!

En el momento en que Rossignol cayó, desmayóse Nicolás.

Llevósele al hospital, donde durante quince días fué presa de una fiebre que puso en peligro su vida.

Pero ésta tiene hondas raíces en un hombre de veintisiete años, curtido al sol y á las gloriosas fatigas de la tierra africana.

Nicolás no murió, como se verá por esta carta llena de profunda melancolía que recibió una mañana el sargento de gendarmes Miguel Legrain:

«Mi querido protector:

»Partimos mañana para una expedición á la Kabília.

»Espero morir allí, con la muerte del soldado, pues la vida se me ha hecho una carga insostenible.

»Tenía dos amigos en el regimiento: mi subteniente y un pobre soldado llamado Rossignol.

lla mujer, á quien, sin duda, no veré otra vez jamás.

»Pues bien: á pesar de mi dolor, ese sentimiento extraño vive todavía en el fondo de mi corazón.

»Amo sin esperanza á la mujer mora, y acaso también por esto deseo morir.

»Perdonadme, y decid á vuestra esposa, si llegáis á saber que me he hecho matar brava-



El mismo dió la voz de: —¡Fuego!

»Mi subteniente ha muerto de sus heridas, después de una agonía de sesenta y dos días.

»Mi pobre Rossignol ha sido fusilado, hace tres semanas, en la plaza del Gobierno, en Argel.

»Si no tuviera que esperar aún dos meses para tomar mi licencia, si fuese libre, tal vez pensando en vos, en vuestra esposa, en nuestro pobre país de Solofía, tendría fuerza bastante para vivir.

»Pero esta tierra de Africa, donde he derramado mi sangre, se me ha hecho odiosa, y creo que será mi tumba.

»El día de mi regreso al campamento os escribí mi corta cautividad entre los árabes.

»Os confesé el sentimiento extraño, inexplicable, que había experimentado al ver á aque-

mente á la cabeza de mi pelotón, que le agradeceré que no me olvide en sus oraciones, pues es una santa.

»¡Adiós una vez más!

»Vuestro hijo adoptivo,

»Nicolás.»

Al día siguiente, el joven sargento partía para la primera expedición á la Kabília, y no recibió esta sencilla y lacónica respuesta del sargento viejo:

«Mi querido hijo:

»Un soldado debe afrontar la muerte, pero no buscarla. Morir por su país es un deber; ir en pos de la muerte para librarse de dolores personales es un crimen.»

XXVII

Hace veinte años, el viajero que se dormía por la noche al salir de Auxerre, en la carretera de París á Lyon, se despertaba á los primeros rayos del sol del otro lado de la pequeña ciudad de Avallon, al pie de una cuesta tan empinada, que el conductor no dejaba de abrir la portezuela de cada departamento y decir:

—¡Los señores viajeros tendrán la amabilidad de subir la cuesta á pie!

Generalmente, nadie se hacía rogar.

Era precisa una hora para llegar á la cumbre de la montaña.

Pero, una vez allí, el viajero se detenía sorprendido y como dominado por el salvaje esplendor del paisaje que se ofrecía á sus ojos.

Detrás de él, Avallon, antigua ciudad fortificada, nido de águilas, instalado sobre una roca, á cuyos pies ruge un torrente al caer sobre guijarros azules.

A derecha é izquierda grandes bosques.

Ante él, las primeras colinas, los valles solitarios y las ruinas feudales del Morván.

El Morván, antigua provincia francesa, ha sido dividido en cuatro departamentos.

El Yonne, la Costa de Oro, el Saona y Loira y el Nièvre han tomado cada uno un pedazo.

Pero, á despecho de los oficiales de Estado Mayor y del mapa de Francia, el Morván ha permanecido uno é indivisible, y que se llame Borgoña ó Nivernés, siempre es el Morván.

Es la Escocia del centro de Francia; tiene, como ella, sus montañeses, sus paisajes abruptos, su suelo cubierto de bosques medio vírgenes, y sus habitantes de costumbres primitivas y casi salvajes.

Allí los hombres son cazadores furtivos; las mujeres son bellas, de anchas caderas, negros ojos y rojos labios, y tan celosas de su reputación y de su virtud como las transtiberinas de Roma, á quienes no se ha amado jamás sin recibir una cuchillada, ó, por lo menos, sin correr el riesgo de recibirla.

A dos leguas de Avallon se halla uno en pleno Morván. El camino sube y baja, trepa á las montañas, se sepulta en los valles, pasa al pie de un admirable castillo que se remonta á la segunda cruzada y que jamás ha tenido otros amos que los descendientes del barón cubierto de hierro que puso la primera piedra de Chastellux. Deja á su derecha un convento de mujeres mendicantes, la *Piedra que gira*, y durante diez ó doce leguas engaña tan bien al admirado viajero, que éste se creería en algún cantón del Oberland bernés ó en las últimas colinas de la Selva Negra, con la llanura del Rhin detrás de él.

Hoy día el camino de hierro de París á Lyon deja el Morván á su derecha, y esta pintoresca comarca es casi desconocida de la nueva generación.

Los grandes bosques del Morván son impenetrables, y en ellos encontraban asilo los perseguidos por la justicia.

Cuando un hombre de la alta ó baja Borgo-

ña cometía un crimen, se refugiaba en el Morván.

Prescindiendo de la pasión por la caza furtiva, el habitante del Morván es honrado; pero tenía antes tanto horror á los gendarmes, que no vacilaba en dar hospitalidad á cualquiera que era perseguido por ellos.

Durante la noche, hombres de catadura siniestra iban á rondar en torno de las granjas y silbaban de un modo particular.

Al oír el silbido, las puertas se abrían y se iba en busca del que lo había lanzado.

Dábasele pan, una botella de vino, un poco de tocino y á veces pólvora y plomo.

Los unos eran desertores; otros, soldados fugitivos; otros, cazadores furtivos, que trataban de sustraerse á la cárcel.

De vez en cuando se trataba también de un ladrón ó de un asesino que había venido de lejos.

Pero los aldeanos del Morván se compadecían de todo el que tenía que ver con la gendarmería.

Ahora bien: una noche del año 1845, en el mes de noviembre y al día siguiente del de Ánimas, la tierra estaba cubierta de un blanco sudario.

Anunciábase el invierno precoz y riguroso. Durante todo el día, habían atravesado el espacio bandadas de grullas, formadas en triángulo y dejando oír sus lastimeros chillidos.

Un hombre caminaba por el lindero de un bosque, en el fondo del valle más salvaje de toda la comarca.

Marchaba con precaución, buscando preferentemente los sitios en que la tierra, protegida por las hojas caídas de los árboles, no se hallaba cubierta de nieve, tratando así de hacer desaparecer, en lo posible, las huellas de sus pasos.

Iba vestido con una blusa rota, cubierto por un casquete sin visera y calzado con unos malos zuecos, dentro de los cuales llevaba desnudos los pies.

Una escopeta y un morral á la espalda y un perro de fea apariencia, horrible producto del cruzamiento de dos especies vulgares, revelaban su profesión.

Era un cazador furtivo, sobre el cual pesaba la amenaza de una condena y que sólo salía por la noche.

El valle por el cual caminaba iba estrechándose, y dírase que estaba cerrado por rocas de rojizo granito, que parecían formar un callejón sin salida.

Encima de las rocas crecían algunos mezuquinos castaños.

El castaño es una clase de árbol común en el Morván.

Cuando llegó al pie de las rocas, detúvose el nocturno viajero.

Aunque ya no era de día, tampoco había cerrado la noche.

El cielo estaba gris y bajo y hacía bastante frío.

El hombre del perro se había detenido, lleno

de sorpresa, ante unas huellas que acababa de distinguir en la nieve á los últimos resplandores del crepúsculo.

Estas huellas eran de un pie de hombre, seguramente mal calzado, pues mientras que el tacón se dibujaba con limpieza, la suela parecía tener una solución de continuidad y dejaba pasar un dedo, que se marcaba profundamente en la nieve.

Era el pie izquierdo.

El calzado del pie derecho se hallaba intacto.

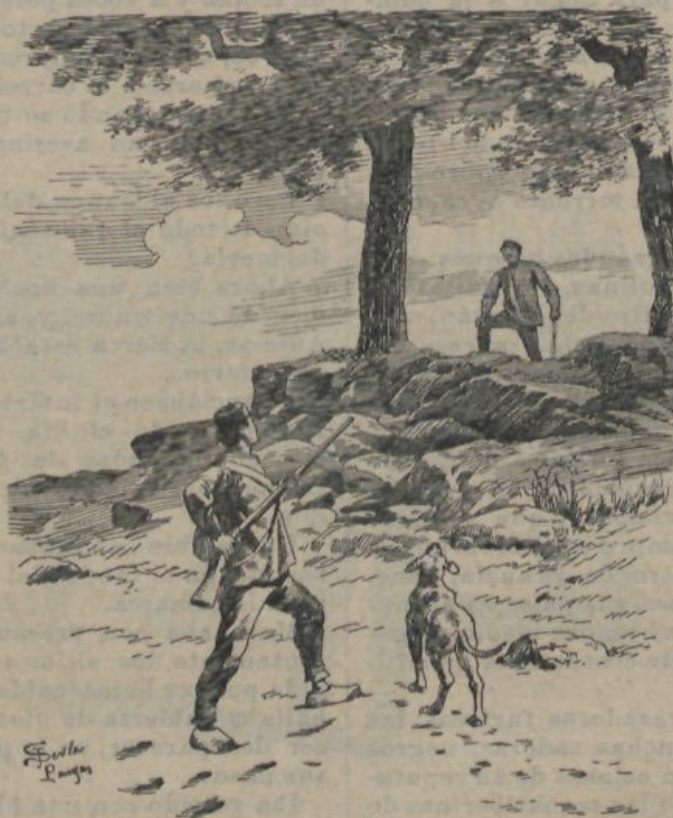
y haberse puesto á la defensiva, el hombre de perro esperó.

Entonces el que acababa de levantarse entre las rocas se puso en movimiento, y de peña en peña bajó hasta la llanura.

Después se dirigió en derechura hacia el que se había detenido.

El perro, que acababa de colocarse ante su amo, erizó su leonado pelo y continuó gruñendo sordamente.

—¡Alto!—gritó de pronto el cazador furtivo.



El cazador furtivo llevó vivamente la mano á su escopeta

El hombre del perro no pudo contener una exclamación de cólera.

—¡Vamos!—dijo.—¿Quién será el bribón que viene á frecuentar mi asilo? Ya yo no estaba en seguridad hallándome solo. Veremos como algún imbécil, á quien buscarán por algún pecadillo, me hará coger por los gendarmes que le persiguen. ¡Y lo que es yo tengo que arreglar una cuenta bastante seria!

Concluía de pronunciar en voz muy baja estas palabras, cuando se estremeció.

Algo acababa de moverse sobre las rocas, y el perfil de un hombre se levantó y se dibujó con limpieza sobre el cielo gris, entre dos troncos de castaño.

El perro lanzó un sordo gruñido, y el cazador furtivo llevó vivamente la mano á su escopeta.

Y se echó á la cara la escopeta.

El hombre que bajaba de las rocas se detuvo.

Pero los malhechores, sean del país que fueren, se comprenden con una palabra y un gesto, y no siempre necesitan, para estrecharse la mano, emplear la jerga propia de los presidios y de las cárceles.

El recién llegado gritó al hombre del perro:

—¿Me tomas, acaso, por un gendarme?

Estas palabras lo decían todo. Significaban á la vez que el que las pronunciaba estaba fuera de la ley y que juzgaba que aquel á quien se dirigían se hallaba en igual situación.

El hombre del perro dejó de apuntar con la escopeta y repuso:

—Entonces, avanza, compañero.

El recién llegado se puso junto á él en cuatro zancadas.

En cuanto al perro, cesó de gruñir, como si hubiera comprendido que su amo y el desconocido iban á entenderse pronto.

XXVIII

Luego de haber tomado así sus precauciones

El hombre del perro dirigió al que llegaba una mirada de desconfianza.

Era éste hombre de treinta y cuatro ó treinta y cinco años, de mediana estatura y de compleción nerviosa y seca.

Tenía mala pinta, como hubieran dicho los gendarmes, y, de consiguiente, agradó en seguida al hombre del perro.

Su traje, hecho jirones, era el de un obrero de la ciudad.

Por toda arma aparente llevaba un grueso bastón de nudos bastante corto.

El hombre del perro le dijo:

—¿Quién eres, compañero?

—Un pobre diablo que no ha comido desde ayer,—repuso el interpelado.

—¿De dónde vienes?

—De muy lejos,—dijo el desconocido con desconfianza,—y en este condenado país se halla una casa de seis en seis leguas.

—De modo, que ¿no eres del país?

—No.

El hombre del perro continuaba mirando con recelo á su interlocutor.

Al fin, dijo:

—¡Ah! Es que precisa ser desconfiado en los tiempos que corren. Esos bribones de gendarmes se disfrazan á veces...

—De modo, que ¿tú huyes de los gendarmes?

—Sí.

—Y... ¿es buena la caza?

—Eso depende de las piezas que se hallan,—repuso el hombre del perro, que continuaba empuñando su escopeta.

—Dime, camarada,—preguntó el recién llegado;—¿eres tú Juan el Conejo?

El hombre del perro dió bruscamente un paso hacia atrás y asió la escopeta con ambas manos, exclamando:

—¡Ah! ¿Sabes mi nombre? Y ¿cómo lo sabes, camarada?

Entonces el recién llegado se echó á reír.

—Porque somos compañeros,—dijo.

La palabra *compañero* se toma en Francia, y en todo país francés, en dos sentidos.

El obrero que da la vuelta á Francia es un compañero. Pero el preso y el presidiario se dan también entre sí el mismo nombre, y Juan el Conejo, á quien, por abreviar, se llamaba solamente *el Conejo*, no se equivocó.

—¡Ah!—dijo.—¿De veras! ¿Vienes de allá abajo?

—Sí.

—Pero ¿cómo puedes conocerme, si jamás he estado allí?

—Esta mañana he oído hablar de ti por la primera vez.

—¿A quién?

—A los gendarmes. Parece que si te cogen tendrás un mal negocio.

—¿Sabes de qué se trata?

—Los gendarmes lo refirieron... y me dieron seis sueldos y tabaco.

—Te felicito,—dijo Juan el Conejo.—¿Tu embromas de esa manera á los gendarmes?

—Sí; pero entonces yo tenía aún mi carretón.

A estas últimas palabras, el hombre del perro miró con sorpresa al presidiario evadido.

Pero éste añadió:

—Tengo hambre y sed, compañero. ¿No llevas nada en tu morral?

—Ni una mala corteza de pan; pero, supuesto que eres un amigo, ven conmigo.

—¿A dónde?—preguntó el presidiario.

—A una casa donde me surten de provisiones desde hace quince días. ¡Oh! ¡No hay peligro de que allí me hagan traición!

—¿Tan segura es?

—Como que la mujer está por mí: ¿comprendes?

—Y ¿se halla muy lejos?—preguntó el hambriento presidiario.

—Un cuarto de hora de camino.

El hombre del perro y el forzado echaron á andar juntos.

Pero el primero no tardó en decir:

—Ponte detrás de mí y trata de colocar la mitad de tu pie en la huella del mío. De esta manera los gendarmes, si pasan por aquí, no sacarán nada en limpio, y ello no nos impedirá charlar. Decías que has encontrado á los gendarmes...

—Así es. Uno de ellos ha llorado cuando le he dicho que era carpintero, que me había dado un golpe con un formón al escuadrar un madero, que desde hacía tres meses no podía trabajar, que me moría de hambre y que estaba reducido á recoger estiércol por los caminos para venderlo luego por un plato de sopa. Precisamente, cuando los encontré tenía medio lleno mi carretón y marchaba tranquilamente por la carretera.

—Y ¿dónde te procuraste ese carretón?

—Allá abajo.

Este misterioso *allá abajo* significaba el presidio de Rochefort.

Luego el presidiario contó su evasión.

Había salido del establecimiento, cubierto con una blusa de obrero libre, por la noche, al cerrarse las puertas del arsenal.

Los amigos que prepararon su evasión le habían proporcionado un carretón.

El había marchado empujando éste ante sí, había pedido fuego para su pipa al centinela de la puerta de la ciudad y había salido de Rochefort tan tranquilamente como del arsenal.

Luego recorrió doscientas leguas, siempre con su carretón, siguiendo los caminos reales, saludando á los gendarmes, viajando por las noches, durmiendo de día y evitando las ciudades y los pueblos.

Juan el Conejo le escuchaba con ingenua admiración.

—Merecerías tomar mi apodo,—le dijo.—Eres un conejo muy listo.

—Pues me parece que tú también has dado un buen golpe, según dicen los gendarmes.

—No me hables de ello: lo que yo he dado es un golpe en falso.

—Cuéntamelo.

—Escucha. Yo era cazador furtivo y ganaba muy poco con mi oficio, no porque escasee la

caza, sino porque hay que venderla casi por nada.

»Siempre tuve la idea de trabajar en gran escala, y hé aquí que un día, hallándome en una posada de Avallon, oigo á dos ricos traficantes en maderas que hablaban:

»Uno de ellos decía al otro:

»—Pasado mañana el correo os llevará á casa los fondos.

»Charlaban sin desconfiar de mí, que bebía mi vaso de vino blanco en un rincón y que pronto estuve al corriente de lo que se trataba.

»El traficante debía enviar á su compañero quince mil francos.

»El compañero tenía una casa de campo junto á la carretera, del otro lado de Chatillon.

»He de decirte que el carruaje que lleva el correo es un mal cabriolé de un caballo y sale de Avallon á media noche.

»A la una de la mañana, me encontraba yo en lo alto del camino esperando al correo.

»Cuando estuvo cerca de mí, grité al conductor que se detuviese y le dije:

»—¿Queréis cederme un asiento hasta Chatillon?

»El beneficio de los correos consiste precisamente en tomar algún viajero por el camino, colocándolo junto á ellos.

»Me pidió treinta sueldos.

»—¡Ahí van!—dije yo.

»Y subí, sentándome á su izquierda.

»La noche estaba sombría, el camino desierto y caía una neblina que calaba los huesos.

»Yo no llevaba armas, al parecer; pero en mi bolsillo se hallaba un cachorrillo bien cargado. El saco de las cartas iba entre las piernas del correo.

»Al llegar á un valle, en el que no hay ni una granja ni una casa, á un sitio casi tan salvaje como éste, salvo que por aquél pasa el camino, yo fingí dormir y cesé de hablar.

»Pero al mismo tiempo saqué el cachorrillo de mi faltriquera, y, apuntándolo bruscamente contra el correo, apreté el gatillo y salió el tiro.

»El correo quedó muerto en el acto. Le sentí caer sobre mí lanzando un suspiro.

»Entonces le quité las riendas de las manos y detuve el caballo.

»Luego me apoderé del saco de la correspondencia y salté del carruaje.

»Cerca de allí había un bosque. Me interné en él, dejando que el caballo continuara tranquilamente su camino al trote corto.

»El saco era muy ligero para contener quince mil francos en dinero; pero pensé que acaso estaría dicha suma en billetes de Banco.

»Y cuando me hallé en el bosque saqué mi cuchillo para romper el saco, que era de cuero y estaba cerrado con un candado.»

XXIX

El cazador furtivo continuó:

—Rompí el saco; pero con gran sorpresa mía, por más que registré bien, no encontré ni billetes ni dinero.

»Como tenía cuchillo, busqué un abeto y me hice una antorcha cortando una rama resinosa.

»Había caído el viento, la lluvia había cesado y yo me hallaba en lo más profundo del bosque.

»Hice chocar el pedernal y el eslabón y encendí tranquilamente la antorcha para ver bien.

»Aun conservaba la esperanza de que los quince mil francos se hallarían en billetes bajo un sobre.

»Abrí todas las cartas, una por una.

»¡Tampoco había billetes!

»Me habían robado, y mi crimen resultaba inútil.

»Entonces se apoderó de mí el miedo y huí con presteza, dejando abandonados el saco y las cartas en el camino del bosque.

»Nadie me había visto subir al cabriolé del correo. El sitio donde yo había disparado estaba desierto, y, además, el ruido del carruaje debía haber amortiguado el de la detonación.

»Pensé en todo esto, y me dije que nada tenía que temer. Fuíme, pues, tranquilamente á mi casa y me acosté, como si nada hubiera pasado.

»Pero de pronto, á la madrugada, llamaron á mi puerta.

»—¿Quién es?—grité.

»—El guarda campestre,—respondió una voz desde fuera.

»Volví á sentir miedo. Me levanté, vacilando en abrir, y asomé la cabeza por la ventana.

»Era, en efecto, el guarda campestre de La-neuville, el pueblo de que depende mi casa.

»—¿Qué queréis, padre Santiago?—le dije.

»—Me muero de sed,—repuso,—y te ruego que me des de beber.

»Esta respuesta me tranquilizó y abrí.

»Entró con gran tranquilidad; pero, en vez de dejar la carabina en un rincón, se la colocó entre las rodillas.

»—Enciende fuego, Juan,—me dijo;—tengo mucho frío. Beberemos un trago y charlaremos un poco.

»—Sois muy madrugador,—repuse.—¿Acaso vais tras de los cazadores furtivos?

»Me miró de reojo.

»—En tal caso,—replicó,—aquí encontraría alguno.

»—¡Oh!—exclamé con indiferencia.—Bien sabéis que desde que cumplí mis seis meses de cárcel no toco una escopeta ni un lazo.»

(Se continuará)

==ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA==

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA